

EL POZO DE LOS GATOS

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

EL POZO DE LOS GATOS

Para Lourdes Martínez Muñoz

¡Si yo fuera usted, no compraría esta casa! Claro que es amplia, el lugar es tranquilo y quizá a usted como escritor le convenga. Bueno, yo no sé nada de su vida, señor Bermúdez, pero la gente dice que usted escribe, ¿es que no es cierto? Aquí no le faltarán cosas que contar, como el incendio en el baile, donde murieron muchos jóvenes del pueblo...

Pero le estoy quitando el tiempo y usted lo que quiere es que le muestre la casa. Como puede ver, la entrada es por el jardín. Mi madre dice que nunca ha habido flores en él porque a María Ledezma no le gustaban, ¿a usted tampoco? Ella murió hace medio año y por eso su nieta Elena ha puesto en venta la casa. ¿Sabe? Desde que me acuerdo siempre quise conocerla por dentro. Cuando era niña me pasaba las horas con el oído pegado a la pared de mi cuarto. Jamás escuché lo que ocurría y muchas veces creí que María se había muerto, pero no. ¡Quién iba a decirme que sería la encargada de enseñarla a los compradores! Aunque la verdad es que únicamente usted se ha interesado en ella...

Discúlpeme, creo que lo aburro con tanta plática. Entremos, ¿quiere? El zaguán es bonito, ¿no le parece?... con esas enredaderas y las ocho jaulas de pájaros, todos muy cantadores, por cierto. Elena insiste en que se venda tal como está, por eso la gente murmura que a lo mejor no le tenía mucho cariño a su abuela y quiere deshacerse de los recuerdos... Por supuesto, señor Bermúdez, si usted la compra, tiene derecho a cambiar lo que quiera.

La casa es bastante oscura y ahora está impregnada de humedad, a pesar de que todos los días he abierto las puertas y ventanas para que se ventile. En algunos cuartos se han metido las enredaderas y aunque a diario rocío insecticida, las arañas parecen brotar de todas partes. Seguramente fueron ellas las que acabaron con los tres gatos de María Ledezma porque no los he vuelto a ver desde el velorio. Eran amarillos, muy peluditos y de ojos verdes. De niña me gustaban tanto que el día se me iba en mirar cómo se quedaban quietos en la orilla del pozo que está en medio del patio; a veces brincaba la barda de piedra, medio derruida, que separa nuestras casas, y entonces los veía arquear el lomo y desperezarse lentamente, luego avanzaban despacio, con el hocico entreabierto y su ronroneo parecía escucharse por todo el vecindario.

No importa si usted no manda levantar la cerca porque de todas formas para entrar a la casa tendrían que hacerlo por nuestro patio. Por allí pasaba Elena cada vez que su abuela la echaba a la calle porque no quería cantar toda la noche para los tres gatos. La voz de Elena era tan triste como el maullido de las gatas cuando han perdido a una cría y sus lamentos y ruegos para que María le abriera no nos dejaban dormir. Elena aún es joven, tiene un cuerpo hermoso y una cara como de gato adormilado, no sé si usted me entiende...

Lo siento mucho, señor Bermúdez, no pensé que le molestara. A mí, en su lugar, primero me gustaría conocer bien el terreno donde voy a vivir para no meterme a ojos cerrados en un mal sitio. No, si no es que yo tenga algo contra Elena o María Ledezma, que en paz descanse, pero no creo que a la gente normal le agrade vivir en una casa donde en muchos años el silencio sólo fue interrumpido por maullidos quejumbrosos, como si veinte gatos fueran destazados lentamente al mismo tiempo...

Ya veo que todo le da risa. En fin, usted sabrá. ¿Seguimos? Este es el cuarto donde ella dormía, aquí la velamos. No se preocupe por eso, pues no murió de mal contagioso.

Toda la casa está llena de papeles y yerbas que deberá quemar si no quiere que las ratas lo devoren o qué sé yo, tal vez a usted le interese conservarlos. Mi madre cuenta que hace muchos años Lourdes María Ledezma era la única persona aquí que sabía cómo curar algunas enfermedades, de aquel entonces son esos frascos con yerbas que usted ve. Dice también que un día la abuela de Elena cayó en el pozo de los gatos, duró allí toda la noche y cuando la sacaron hablaba de que miles de ojos brillantes la habían cuidado mientras permanecía en el fondo. Después ya no volvimos a verla en el patio ni en el jardín. Luego de casi un año de silencio, roto a veces por los quejidos de los gatos, llegó Elena quién sabe de dónde...

Así como le digo: Elena llegó después del accidente del pozo. Nadie había escuchado nunca que María tuviera familiares. Ahora que ha muerto su abuela, en las noches se ve a Elena vagar por las calles, como si se resistiera a algo que la atrae desde aquí. No se imagine que la casa está embrujada, no crea nada de eso; aunque la gente siempre ha pensado que María era demasiado extraña y cuando ocurrió ese incendio que dejó solos a tantos viejos, muchos vinieron a apedrearle las ventanas...

¿Que por qué la culparon? ¡Qué sé yo!

Pero dígame, ¿le gusta la casa? Ya ha visto todo. Sólo le falta salir al patio, donde está el pozo y al fondo, el baño. Debo advertirle que el pozo continúa habitado por muchísimos gatos, tal vez cien, y que nadie ha

tenido valor para matarlos.

La noche del velorio llegaron hasta la puerta del cuarto. Al principio parecieron sorprendidos por nuestra presencia, luego se acercaron al cadáver sin mirarnos y permanecieron junto a él varias horas, en las que sólo el ronroneo de los tres gatos amarillos interrumpió algunos instantes nuestros rezos. De pronto Elena comenzó a llorar y salió al patio, todos los gatos la siguieron. Esa misma noche ella enterró a su abuela.

Seguramente si pregunta, todos le dirán que María Ledezma no murió de vejez y algunos podrían agregar que si usted mata a los gatos y clausura el pozo, Elena ya no aparecerá más... Tiene usted razón, señor Bermúdez, a mí no me consta nada de eso y quizá sólo son habladorías. ¿Qué decide sobre la casa? Si prefiere hablar con Elena, yo puedo informarle dónde encontrarla.

¿Escucha ese maullido tan largo como un lamento que brota del pozo?